



## **DISCURSO DEL PAPA FRANCISCO A LOS PARTICIPANTES EN EL ENCUENTRO DE LOS EQUIPOS DE NUESTRA SEÑORA**

*Sala Clementina  
Jueves 10 de septiembre 2015*

Estoy feliz al recibirlos, queridos responsables y consiliarios espirituales de los *Equipos de Nuestra Señora*, con ocasión de vuestra reunión mundial. Este encuentro que tengo la alegría de vivir con vosotros precede en unas pocas semanas al Sínodo de los Obispos que he querido reunir en Roma, para que la Iglesia se incline cada vez con más atención hacia lo que viven las familias, células vitales de nuestras sociedades y de la Iglesia, y que se encuentran, como bien sabéis, amenazadas en el difícil contexto cultural actual. Aprovecho esta ocasión para pedirlos, igual que a todos los matrimonios de vuestros equipos, que recéis con fe y fervor, por los Padres sinodales y por mí.

Es evidente que un movimiento de espiritualidad conyugal como el vuestro tiene totalmente su sitio dentro de los cuidados que la Iglesia quiere prestar a las familias, tanto por el crecimiento en la madurez de los matrimonios que participan en vuestros equipos, como por el sostén fraternal que aportan a otras parejas a las cuales son enviados.

Quisiera, en efecto, insistir en este papel misionero de los *Equipos de Nuestra Señora*. Cada una de las parejas integradas recibe mucho, ciertamente, de lo que vive en su equipo, y su vida conyugal se hace más profunda y se perfecciona gracias a la espiritualidad del movimiento. Pero, después de haber recibido de Cristo y de la Iglesia, el cristiano se siente irresistiblemente enviado hacia fuera para dar testimonio y transmitir eso que ha recibido. « La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados » (*Evangelii gaudium*, n. 120). Los matrimonios y las familias cristianas son a menudo quienes están mejor situados para dar noticia de Jesucristo a las demás familias, para apoyarlas, fortalecerlas y animarlas. Lo que vivís en pareja y en familia –acompañado por el carisma propio de vuestro movimiento–, esa alegría profunda e irremplazable que Cristo Jesús os hace experimentar con su presencia en vuestros hogares en medio de las alegrías y de las penas, con la felicidad de la presencia de vuestro cónyuge, con el crecimiento de vuestros hijos, con la fecundidad humana y espiritual que Él os concede, todo eso es lo que tenéis que testimoniar, anunciar, comunicar hacia fuera para que, a su vez, otros puedan seguir el camino.

En primer lugar, yo animo pues a todas las parejas a poner en práctica y a vivir en profundidad, con constancia y perseverancia, la espiritualidad que siguen los *Equipos de Nuestra Señora*. Pienso que los « puntos concretos de esfuerzo » que proponéis son verdaderamente ayudas eficaces que permiten a las parejas progresar con seguridad en la vida conyugal por la vía del Evangelio. Pienso en particular en la oración en pareja y en familia, bella y necesaria tradición que siempre a llevado la fe y sostenido la esperanza de los cristianos, desgraciadamente abandonada en muchas regiones del

mundo; pienso también en la propuesta de un tiempo mensual para el diálogo entre los esposos – la famosa « sentada » que va tan a contracorriente de los hábitos de un mundo apresurado y agitado que conduce al individualismo-, momento de intercambio vivido en la verdad bajo la mirada del Señor, y que es un tiempo precioso para la acción de gracias, para el perdón, de respeto mutuo y de atención al otro; y pienso en la participación fiel en la vida del equipo, que aporta a todos y cada uno la riqueza del aprendizaje y del compartir, así como la ayuda y el consuelo de la amistad. En este sentido, subrayo la fecundidad recíproca del encuentro que vivís en el equipo con el sacerdote que os acompaña. Yo os doy gracias, queridos matrimonios de los Equipos de Nuestra Señora, por ser apoyo y animación en el ministerio de vuestros sacerdotes, que encuentran siempre, en el contacto con vuestros equipos y familias, alegría sacerdotal, presencia fraternal, equilibrio afectivo y paternidad espiritual.

En segundo lugar, invito a los matrimonios, fortificados por el encuentro en *equipo*, al esfuerzo misionero. Esta misión que se les confía es tanto más importante en la medida en que la imagen de la familia – tal como Dios la quiere, compuesta de un hombre y de una mujer orientados al bien del cónyuge y a la generación y educación de los hijos- está siendo deformada por poderosos proyectos contrarios sostenidos por colonizaciones ideológicas. Por supuesto, sois ya misioneros por la irradiación de vuestra vida familiar en el entorno de vuestros círculos de amistad y relaciones, e incluso más allá -porque una familia feliz, equilibrada, habitada por la presencia de Dios habla por sí misma del amor de Dios por todos los hombres-. Pero os invito también a comprometeros, si es posible, en las actividades que se puedan organizar para acoger, formar y acompañar en la fe sobre todo a las parejas jóvenes, tanto antes como después del matrimonio.

Os exhorto también a seguir aproximándoos a las familias heridas, tan numerosas hoy en día, sea por la falta de trabajo, la pobreza, problemas de salud, un duelo, las preocupaciones causadas por un hijo, el desequilibrio provocado por un alejamiento o ausencia, por un clima violento... Hay que atreverse a acercarse a esas familias, con discreción pero generosidad, ya sea materialmente, humanamente o espiritualmente, en esas circunstancias en que se encuentran debilitadas.

Finalmente, no puedo sino animar a los matrimonios de los *Equipos de Nuestra Señora* a ser instrumentos de la misericordia de Cristo y de la Iglesia para con las personas cuyo matrimonio ha naufragado. No olvidéis nunca que vuestra fidelidad conyugal es un don de Dios, y que Él ha sido misericordioso también con todos nosotros. Un matrimonio unido y feliz puede comprender mejor que nadie, desde muy adentro, la herida y el sufrimiento que provoca un abandono, una traición, un fracaso del amor. Es muy importante pues que podáis aportar vuestro testimonio y experiencia para ayudar a las comunidades cristianas a discernir las situaciones concretas de esas personas, a acogerlas con sus heridas, y a ayudarlas a caminar en la fe y en la verdad, bajo la mirada del Cristo Buen Pastor, para que tomen su legítima parte en la vida de la Iglesia. No olvidéis tampoco el sufrimiento inefable de los niños que viven esas dolorosas situaciones familiares; podéis darles mucho.

Queridos *Equipos de Nuestra Señora*, os renuevo mi confianza y mis ánimos. La causa de beatificación de vuestro fundador, el P. Caffarel, ha sido presentada en Roma, y rezo para que el Espíritu Santo ilumine a la Iglesia en el juicio que tendrá que emitir en su día. Confío vuestros matrimonios a la protección de la Virgen María y de San José, y os concedo, con todo el corazón, la Bendición apostólica.